

Todo puede cambiar de la noche a la mañana

Ni siquiera puedo enumerar las veces que había oído esa frase. Las veces que me lo advirtieron y las que nunca quise escucharlo. Pero así fue, por mucho que trates de evitarlo, y a veces de la peor forma posible, como una pequeña chispa que acaba produciendo un gran fuego, reduciéndolo todo a cenizas y arrasando con todo, llevándose los sueños, las metas y las esperanzas de la forma más cruel posible. Y entonces solo queda el enorme vacío de todo lo que pudo ser y nunca fue. Esto acaba dando paso a una herida que ni el paso del tiempo será capaz de cicatrizar. Así es como todo fue.

Apenas recuerdo cómo pasó todo exactamente. Todo ocurrió muy rápido y fue tan devastador que los recuerdos perduran borrosos en mi mente. Era una fría y oscura noche, no muy diferente a cualquier otra del duro invierno. El día había sido algo difícil, lo normal en la gélida época invernal. Estaba cansada y lo único que quería era sumirme en un sueño que hiciera borrar todo el cansancio acumulado del día, pero algo me lo impedía. Era como una especie de presentimiento, como si algo me estuviera avisando del horrible suceso que cambiaría mi vida, pero lo ignoré y me dejé invadir por la oscuridad total.

No sé cuánto tiempo pasó, si unas horas o tan solo unos minutos, pero esa sensación se volvió más fuerte que mi sueño, haciéndome despertar de repente algo exaltada. Todo parecía normal y el silencio reinaba en la estancia. Intenté volver a ignorarlo, pero de repente pasó. Un fuerte estruendo invadió la tranquilidad de la noche y, sin yo aún saberlo, lo cambió todo.

Recuerdo haberme levantado para asomarme a la pequeña ventana de la estancia que daba al exterior, donde se empezaban a oír las voces y gritos de los vecinos. Entonces, el caos se desató, el suelo comenzó a temblar ligeramente y una mano me arrancó del lugar en el que me encontraba parada, arrastrándome hacia algún lugar en medio de la oscuridad y el caos. Mi mente estaba en blanco y aturdida por lo repentino de todo aquello, y de seguro mi corta edad tampoco ayudaba mucho en la situación. Esa mano me guio a través de la terrible situación. Sentí como el gélido clima me golpeaba fuertemente al salir al exterior, donde todo era cada vez peor. A medida que avanzaba por las sombrías calles, las piedras se clavaban en mis pies descalzos y podía sentir leves empujones de la gente que se encontraba a mi alrededor. Esto hacía que la desesperación y el temor aumentaran cada vez más, nublando mi mente de tal forma que cada vez era menos consciente del caos a mi alrededor. Lo único que podía hacer era aferrarme a esa mano que parecía dirigirme hacia algún lugar alto.

No sé cuánto tiempo permanecí en esa situación, pero creo que fueron unos minutos, hasta que dejé de sentir el tacto de esa mano, que, sin saberlo en ese momento, nunca más volvería a sentir. Al mismo tiempo, unos brazos me impulsaron desesperadamente hacia algún lugar alto. Y, justo en ese momento, pasó lo que ya era inevitable, la riada arrasó con todo lo que se encontraba a su paso, destruyendo todo lo que se interponía en su camino y abriendo una herida que ni yo ni ninguna de las personas que vivieron esa situación podría cerrar, y dando paso a una gran cicatriz que nos acompañaría toda la vida.

Y fue en ese momento cuando esa frase tomó el sentido más literal para mí, porque una noche lo puedes tener todo y a la mañana siguiente no tienes nada, porque todo puede cambiar de la noche a la mañana.